

27

Cd

cuadernos de
ética
en clave cotidiana

EL DISCERNIMIENTO: Una herramienta y una actitud

Teresa Iribarnegaray Saénz de la Fuente



cuadernos de
ética
en clave cotidiana

EL DISCERNIMIENTO.
Una herramienta y una actitud

TERESA IRIBARNEGARAY SAÉNZ DE LA FUENTE



 Editorial Perpetuo Socorro
Covarrubias, 19. 28010 Madrid

COORDINADORA DE
“CUADERNOS DE ÉTICA EN CLAVE COTIDIANA”

M. Begoña Husillos Tamarit
Enfermera y Doctora en Teología

CONSEJO ASESOR

- *Rafael Junquera de Estéfani*
- *Antonio Fuertes Ortiz de Urbina*
- *Luis Mesa Castilla*
- *Marta Iglesias López*
- *Enrique Lluch Frechina*
- *José Luis Pareja Rivas*

DIRECCIÓN – REDACCIÓN – ADMINISTRACIÓN

Fundación Europea para el Estudio y Reflexión Ética
FUNDERÉTICA

C/ Félix Boix, 13
28036 Madrid (España)
www.funderetica.org | fundraising@funderetica.org

ISBN: 978-84-284-0878-3

DEPÓSITO LEGAL: M-7908-2026

ISSN: 2341-0388

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	5
1. ¿CÓMO DEFINIRÍAS EL “DISCERNIMIENTO”? ...	7
2. ELEMENTOS BÁSICOS DEL DISCERNIMIENTO.	11
a. Priorizar a la persona (elemento subjetivo)	11
b. Abrirnos al más (elemento objetivo)	14
c. Discernimos en el aquí y ahora en que nos encontramos (contexto sociocultural)	17
Concluyendo con los básicos	20
3. AMAR LA VERDAD APASIONADAMENTE	22
a. Empezando a practicar el discernimiento. Casiano	24
4. IGNACIO DE LOYOLA. REGLAS DE DISCERNIMIENTO	30
a. Cómo actúan el mal y el buen espíritu	35
b. Formas de la desolación	39
c. Consolación	48
5. CONCLUSIÓN	56
BIBLIOGRAFÍA.....	57
TERESA IRIBARNEGARAY SAÉNZ DE LA FUENTE	58

Introducción

En la vida nos encontramos con muchas situaciones, de esas que nos implican profundamente, en que no sabemos qué sería lo adecuado: ¿Voy adelante, o me quedo aquí? ¿Escojo esto, lo otro, o me pregunto si puede haber algo más que todavía no he visto? A veces, todo esto lo reconocemos a posteriori: “me equivoqué por no pensar bien lo que tenía que hacer”, “no supe ver lo que pasaba en verdad”, “no me escuché, y mira ahora” ... Situaciones y personas que me dicen que necesito ver con más claridad, con mayor profundidad. Experiencias que me conectan con el deseo y la necesidad de avanzar por caminos que me llevan a la vida, y no a la parálisis, al miedo, al dejarme llevar... a lo que no da vida.

Cuando esto sucede, me pregunto también por las herramientas para discernir: ¿Cómo se hace para dar con el camino que te lleva a la vida? ¿Cómo se hace para discernir?

Estas preguntas, que nos tendríamos que hacer todos los seres humanos, se vuelven más urgentes cuando reconoces, en los encuentros que vives en la vida, ante las situaciones que se dan, que la respuesta que des es, en último término, tu respuesta a Dios. Cuando descubres que no solo tienes que responder desde tu conciencia, sino que tienes

*El discernimiento
es el medio para
realizar esta
indagación, y
nos ofrece las
herramientas
que necesitamos
para hacer este
camino que
ilumina nuestra
vida y también
la de tantas
personas que nos
encontramos en
ella.*

que pedir a Dios su Palabra para saber cómo mirar la vida desde él.

El discernimiento es el medio para realizar esta indagación, y nos ofrece las herramientas que necesitamos para hacer este camino que ilumina nuestra vida y también la de tantas personas que nos encontramos en ella.

Desde el comienzo hasta el final de la vida, un largo recorrido que debe incluir lo humano y lo espiritual, lo físico, lo psicológico, lo social. Vamos aprendiendo a caminar a medida que nos vamos preguntando acerca de todo lo que sucede en la vida desde esta perspectiva que es el discernimiento.

¿Qué es para ti el discernimiento? Lee estas respuestas y da con la tuya.

1. ¿Cómo definirías el “discernimiento”?

- Lo primero que me viene a la mente es lo que tantas veces he escuchado, discernir, es “separar” para, a partir de eso, poder optar.
- El discernimiento es una herramienta, que usada día a día puede facilitar vivir la vida de forma más consciente y más “propia”, porque en el fondo lo que nos hace caer en la cuenta de lo que nos ayuda, de lo que no, para modificar o reforzar lo que se necesite y lo que más nos acerque a vivir la vocación que vivimos como propia.
- Cuando pienso en el discernimiento pienso en el día a día, en la toma de decisiones. Simples o complejas, que de una u otra forma afectan a mi forma de vivir.
- Saber qué es lo que el Señor va queriendo de mí en cada momento. No vivir mi vida sola, sino confrontando con alguien que acompañe y me ayude a ver por dónde va soplando el Espíritu.
- Capacidad que viene de Dios, que es un don o gracia suya, que te permite optar y querer aquello que está más cerca de la voluntad de Dios.

- Para mí, el discernimiento es una guía de luz, que me ayuda a re—encontrarme en la vida.
- El discernimiento es un medio para buscar la voluntad de Dios, es ir leyendo en el día a día todo lo que ocurre y se mueve en nuestra vida y de entre todo lo que se nos ofrece escoger lo que más nos lleva por el camino de Dios.
- Discernir es reflexionar y sopesar lo bueno y no tan bueno de un acontecimiento, cosa, persona, etc. Conocer la verdad de las cosas, lo que me afecta o ayuda, conocer lo que el Señor quiere en un momento concreto de mi vida, etc. En definitiva, discernir es un acto de confrontación, reflexión...
- Proceso de elegir entre dos opciones igualmente buenas.
- Es buscar la voluntad barajando las distintas posibilidades de camino y decisiones que él me va poniendo en la vida. Es dialogar día a día con el Señor, preguntándole qué es lo que él quiere de mí.
- Lo defino como el ejercicio previo que se realiza para tomar una decisión, es como la preparación del terreno para sembrar, en este caso sería dirigirme hacia una tendencia específica.

- Para mí, el discernimiento es detenerse, mirar opciones y elegir lo que es mejor, pero no solo lo que es mejor para mí, sino para los demás
- Discernimiento es detenerse para evaluar, sopesar, preguntar al Espíritu Santo, desde el lugar en el que se encuentran nuestras emociones y razones, el camino que más conduzca a la voluntad de Dios en mi vida. Teniendo en cuenta que ese Espíritu Santo actúa por mediaciones, un acompañante, alguien que me ayude a confrontar no solo lo que siento, pienso y me tiene más profundamente cogida, sino también a disipar voces que no me conducen a descubrir y vivir el sueño de Dios en mí y para mí. Pero discernimiento no solo es para las cosas trascendentales y vitales, discernimos continuamente, y la suma de esos pequeños y cotidianos discernimientos son los que nos permiten cribar la vida en los momentos o decisiones trascendentales
- Defino el discernimiento como la facultad o la madurez del espíritu que se usa para juzgar el valor de las cosas. Es distinguir para no confundir, es encontrar una respuesta después de un examen.
- ...

A partir de estas definiciones del discernimiento, te propongo comenzar la reflexión que haremos a continuación, elaborando una definición propia en diálogo con las respuestas que acabas de leer. Te servirá para tener un criterio propio a partir de lo que hemos dicho hasta ahora. Es, además, un modo de incorporar lo que en adelante diremos del discernimiento, de manera que lo que digamos te pueda resultar más significativo.

2. Elementos básicos del discernimiento

Vamos a ver a continuación los tres elementos básicos del discernimiento. Los llamamos básicos porque son la condición de posibilidad del discernimiento, por lo cual los definimos en primer lugar.

Verás que estos tres elementos, que explico a continuación, se ejemplifican con historias mínimas, pero historias al fin. Esta es ya una primera referencia: el discernimiento siempre se da dentro de una trama humana, dentro de una historia.

El discernimiento siempre se da dentro de una trama humana, dentro de una historia.

a. Priorizar a la persona (elemento subjetivo)

Hace unos días, una alumna hizo una pregunta en clase. Era una de esas preguntas de “respuesta cerrada”, tipo: “¿Qué le digo a una persona que dice que la vida no tiene sentido?” o...

Por mi parte, les lancé a ellos otra pregunta a partir de la que ella me había hecho: “¿Cuáles son los motivos que puede tener una persona que dice que la vida no tiene sentido?”

Y empiezan a salir respuestas: unas son psicológicas, del tipo “está depresiva”, otras existenciales, “ha vivido alguna situación que le ha dejado al aire” o “puede ser que no sabe vivir”; otras son en-

juiciadoras/temerosas: “habría que decirle que no puede decir eso, porque la vida siempre es más” o moralizantes: “hay que esforzarse por dar sentido a la vida porque...” otras son espirituales, compasivas: “tiene que tener un gran dolor para decir eso...”; cautelosas: “para saber cómo lo dice, hay que ver en qué tono lo dice...”; respetuosas: “yo no le diría nada hasta saber más...”.

Después de escuchar unas cuantas respuestas, les volví a lanzar la cuestión que se había planteado al principio: “¿Qué le dices a una persona que te dice que...?”. Ahora, para todos estaba más claro que no hay una respuesta enlatada con la que puedas zanjar la pregunta, sino que lo primero será **mirar a esa persona** y saber qué es lo que ella, en concreto, está diciendo en esta ocasión.

Con esto quiero decir que no solo no hay una respuesta “enlatada” para responder a lo que se nos plantea, sino que es preciso, por mi parte, que deje de lado mis ideas si quiero comprender de verdad lo que esa persona me está diciendo. Y ese empeño en descubrir la verdad y ponerla al servicio de la persona¹ con la que nos encontramos —que

¹ El discernimiento también se aplica a los grupos, pero secundariamente respecto de las personas: si las personas del grupo no hacen por su parte un discernimiento personal, el discernimiento grupal no funciona. Por ello, vamos a centrarnos en la situación personal, y desde ella se pueden aplicar a los grupos los criterios que se explican aquí.

puede ser esa que te hace la pregunta, o puedes ser tú misma—, cuenta con la capacidad de discernir para situarse entre las muchas opciones posibles.

Dicho de otro modo... el discernimiento es lo que me permite salvar la distancia entre esa afirmación que hace una persona —“la vida no tiene sentido”— y las numerosas respuestas posibles. El discernimiento me permite reconocer cuál es la palabra que corresponde decir a esa persona, desechando todas las demás porque no le convienen a ella en esta situación. Por eso, el discernimiento hace posible que mire a la persona que tengo delante con tanta atención y tanto amor que se desbaraten mis prejuicios y pueda ver qué es lo que conviene a *esta* persona aquí y ahora.

El discernimiento hace posible que mire a la persona que tengo delante con tanta atención y tanto amor que se desbaraten mis prejuicios y pueda ver qué es lo que conviene a esta persona aquí y ahora.

Como iremos viendo, el discernimiento está hecho de muchos elementos. El primero de todos es esta **voluntad de dar respuesta a la persona concreta con la que me encuentro**, buscando lo que le da vida a ella en este momento, en vez de pretender someter a la persona a lo que a mí me parece “correcto” o “bueno” o, incluso “mejor para ella” ...

Vemos así que el discernimiento busca **priorizar a la persona**. La persona que soy yo, la persona que eres tú... en esta situación. Pero el discernimiento, que se refiere a lo concreto, busca por ello qué es lo mejor **aquí y ahora**.

Con esto ya tenemos unas cuantas claves del discernimiento: la prioridad de la persona sobre las circunstancias, que se leen en relación a ella, y la referencia a lo concreto, que me muestra que cada discernimiento es único.

Si nos quedáramos aquí, podríamos pensar que el discernimiento es una realidad enteramente subjetiva, vista la atención a la persona que acabamos de subrayar. A la vez, como hemos dicho, estamos viendo paso a paso cuáles son los elementos fundamentales del discernimiento. Los dos restantes complementan estos *básicos* y nos dan una perspectiva sobre ellos.

El siguiente de estos elementos es el elemento objetivo: El elemento objetivo, que también es un elemento imprescindible del discernimiento, es esa orientación al *más* que reconocemos como inherente a los humanos. Un caso paradigmático de dicho elemento objetivo es la dimensión ética que está tan presente en nuestros planteamientos.

b. Abrirnos al más (elemento objetivo)

Pondremos de nuevo un ejemplo.

Tienes que hacer dieta porque necesitas perder quince kilos para una operación. En principio, lo haces solo porque te lo ha dicho el médico. Luego,

esto no te basta, y te propones un objetivo mejor: “hago esta dieta, no porque me lo haya dicho el médico sino porque quiero hacerme cargo de mi vida y veo todos los motivos por los que esta dieta es necesaria, no solo en lo referente a la salud, sino para toda mi persona tanto a nivel humano como a nivel social”. Desde aquí, me propongo unos objetivos que me van a hacer crecer tanto en lo referente a la salud como en las otras dimensiones en las que me propongo crecer. Esas dimensiones en las que aspiro a *más*.

Como hemos dicho antes, lo primero es mirar a la persona: lo que puedes proponer a una persona, es impensable para otra. Damos por hecho que, si asumes el consejo médico y lo haces propio, es porque te conoces. Solo si te conoces puedes aspirar a *más*. Luego será el momento de valorar si es bueno o no lo que te has propuesto. No lo valoramos ahora, sino más adelante, según los resultados que dé. Ahora se trata de mirar a tu persona (elemento subjetivo al que antes nos referíamos), para llevarla a *más*, para llevarla a un valor. El que la decisión tomada sea buena o no lo veremos por los resultados que dé, pero eso no nos toca valorarlo ahora.

Lo que ahora nos interesa es que al tomar esta decisión nos hemos propuesto un *más*.

El *más* es el segundo elemento que tiene que darse en la situación que queremos discernir. El primero era la situación concreta de la persona —dimensión subjetiva, la hemos llamado también—. El elemento objetivo, el *más*, es el horizonte que se ofrece a la persona, por el cual se mide a sí misma (sea que ella misma se proponga un horizonte, sea que se le proponga desde fuera). Para ser relevante, dicho horizonte tiene que ser ajustado a la realidad de la persona en cuanto a sus capacidades y situación.

Este horizonte es el *más* que nos orienta más allá de nosotros mismos. La vida no es estancamiento. La vida es crecimiento. Si solo me quedo en mi subjetividad —desde la impotencia, el desaliento, la victimización— y no voy más allá, me estanco. Mientras que si esa subjetividad es reconocida y llevada más allá, le damos a la persona la posibilidad de desplegarse, desde lo que es hasta lo que puede ser.

Así como el primer elemento de la situación que venimos a discernir era *subjetivo*, este segundo elemento es *objetivo*: al decir “objetivo” no nos estamos refiriendo a la objetividad de la ciencia que se puede contar, pesar y medir, sino que hablamos de “objetividad” para referirnos a los valores que se nos van revelando lo que deseamos ser y que son *universalmente* —esto es, para todos

los seres humanos en la medida en que vayamos comprendiéndolo así– ocasión de despliegue y crecimiento.

Vemos así que el segundo de los elementos básicos del discernimiento va a ser la apertura al *más*.

Tenemos así dos de los elementos básicos de la situación que queremos discernir.

c. Discernimos en el aquí y ahora en que nos encontramos (contexto sociocultural)

El tercero de los elementos básicos del discernimiento es el contexto sociocultural. El “contexto sociocultural” abarca todo lo que se refiere al tiempo y al espacio, a la cultura, a las mentalidades...

Por eso, si de lo que se trata es de discernir, yo tengo que conocer ese “contexto sociocultural”, y si no, no puedo discernir:

- Tengo que saber lo que supone el grupo para un adolescente cuando le digo que no le voy a comprar móvil o cuando le veo pasarlo mal porque los que antes eran amigos lo rechazan.
- Si quiero valorar adecuadamente el impacto de los insultos de un muchacho a su pareja en

medio de la calle, necesito saber cómo se valora en esa cultura el discutir en la calle, así como la violencia de género que padecemos actualmente.

- Para saber qué significa que este hombre de 58 años esté tan entusiasmado con el BMW por el que llevaba años suspirando, necesito saber qué connotaciones tienen en la cultura europea la riqueza material y la imagen, o qué connotaciones tiene en esta persona en concreto el llegar a tenerlo.
- No puedo discernir el sentido del rito de reducir las cabezas de sus enemigos que tienen los indios *shuar* si no comprendo básicamente su mentalidad.
- Tengo que saber qué significa para una mujer musulmana llevar velo si quiero ayudarle a discernir una situación que se refiere a este asunto.
- ...

Estos ejemplos nos permiten reconocer que el elemento “contexto socio—cultural” aporta también elementos que son necesarios a la hora de hacer un discernimiento. Nos confirman además en el dato de que el discernimiento se referirá siempre a las situaciones concretas de la vida.

Estos tres elementos que acabamos de ver no son elementos de discernimiento, sino *condiciones previas* a este, sin las cuales el discernimiento no puede darse.

Estos tres elementos que acabamos de ver no son elementos de discernimiento, sino condiciones previas a este, sin las cuales el discernimiento no puede darse.

- La necesidad de saber qué es lo que vive la persona que dice que “la vida no tiene sentido” que veíamos más arriba se refiere implícitamente a la cuestión del sentido (objetiva) y a la cultura en la que nos encontramos (es distinto discernir la misma afirmación si la persona que lo dice es alguien cuyos familiares han muerto en una de las guerras que tenemos tan cerca) y deberemos tener en cuenta este elemento sociocultural a la hora de discernir.
- Si me falta voluntad o estoy cerrada a la vida, no habrá un *más* posible que proponerme a la hora de plantearme la dieta que tengo que hacer para la operación.
- Igualmente, el contexto sociocultural es en ocasiones relevante de cara a discernir una situación, hasta tal punto que, en determinadas situaciones, el desconocimiento o la mala interpretación de estas coordenadas impiden el discernimiento.

Concluyendo con los básicos

Estos tres elementos: la primacía de la persona, y, por tanto, la situación en la que personalmente (subjetivamente, por tanto) se encuentra, que la persona es; el elemento objetivo, esto es, el valor hacia el que se orienta, el *más* que la lleva más allá; el elemento sociocultural, esto es, el aquí y ahora concretos que colorean esta situación, son los elementos básicos del discernimiento.

Es lo mismo que decir que para discernir una situación es preciso que se den en ella estos tres elementos presentes: lo que vive la persona/grupo (dimensión subjetiva), el horizonte o valor al que dicha situación remite implícita o explícitamente (dimensión objetiva) y el “aquí y ahora” en que estos elementos anteriores se encuadran (contexto sociocultural).

Si falta alguno de estos tres elementos básicos, no podremos discernir. Una vez que reconocemos la presencia de los tres elementos descritos, tenemos base para empezar a discernir. El discernimiento implica, por tanto, la presencia de estos tres elementos básicos.

Dichos elementos básicos tendrán mayor o menor relevancia según el hecho de que se trate —por ejemplo, el abuso sexual es más grave si la

víctima es un menor y, por tanto, en este caso, el elemento subjetivo tiene mayor relevancia que el objetivo—; en cambio, si lo que estamos queriendo discernir es la estafa perpetrada por una figura pública, la dimensión objetiva se vuelve central. Cuando venimos a discernir, es necesario, además de que se den estos tres elementos, reconocer cuál de dichos elementos es más relevante en orden al discernimiento.

3. Amar la verdad apasionadamente

¿Quién dirías que ama más la vida? ¿El que la vive sin más, el que la disfruta, el que la disfruta y se defiende de ella según los casos, o quien la vive y se pregunta por lo vivido, para vivir más plenamente cada vez...?

Para mí, está claro que es este último: quien la vive y después se pregunta por lo vivido. Aprendiendo por el camino a vivir, que es un aprendizaje costoso y apasionante; queriendo vivir mejor, queriendo que otros vivan mejor... para todo ello, el preguntarse por lo vivido es un paso necesario.

Y para preguntarnos por lo vivido, es preciso el discernimiento. Generalmente, no sabemos hacerlo: lo reconocemos cuando vemos a alguien que discierne a nuestro lado, lo reconocemos cuando intentamos por nuestra parte discernir las cosas de la propia vida: no es que siempre vayamos a acertar, pero la voluntad de hacerlo lo mejor posible en cada cosa, de comprender el signo de lo que sucede, de poder reconocer la verdad en medio de tanto ruido y tanta mentira se nos va haciendo deseable, y queremos ir encontrando modos de hacerlo.

Anotamos así que el discernimiento es necesario para vivir, y que su función es instrumen-

tal: el discernimiento es una herramienta que nos permite ir reconociendo por dónde hay vida, y por dónde no. De qué modos nos habla Dios, y de dónde o de cuándo está ausente.

¿Y qué tiene esta herramienta, el discernimiento, que la hace capaz de llevarnos a ese *más*, a ese valor, a esa excelencia que anhelamos?

Además de ser una herramienta, el discernimiento es una actitud: la actitud de amar la verdad apasionadamente. Desde esa actitud de querer la verdad en lo que se va dando —en medio de la vida, en nuestras personas, a la luz de Dios si eres creyente—, despierta en nosotros, de modo creciente, esa actitud de querer la verdad más que nuestra conveniencia, más que nuestros intereses, más que lo que otros hacen. Va despertando, a medida que vamos abriéndonos a ella, la capacidad de querer más el querer de Dios, que me ama hasta el extremo, más que lo mío. La capacidad de elegir lo que reconozco justo, o lo que reconozco valioso o las actitudes fraternas, ecológicas, solidarias, libres, verdaderas, más que lo inmediato o que lo superficial, lo descomprometido, lo aparente. De este modo, a base de elecciones que apuntan ... va desplegando en nosotros la capacidad de amar la verdad tan poderosamente que este amor predomine sobre otras actitudes y modos de estar en la vida.

Además de ser una herramienta, el discernimiento es una actitud: la actitud de amar la verdad apasionadamente. Desde esa actitud de querer la verdad en lo que se va dando, despierta en nosotros, de modo creciente, esa actitud de querer la verdad más que nuestra conveniencia, más que nuestros intereses, más que lo que otros hacen.

El discernimiento es el medio que favorece estas actitudes valiosas, coherentes, humanizadoras o socializadoras, creyentes; prevalecen sobre otras posibles.

a. Empezando a practicar el discernimiento. Casiano

Veamos a continuación cómo se emplea esta herramienta que es el discernimiento, y lo que hace en nosotros. Para ello vamos a escuchar a un monje del siglo IV, Juan Casiano, que nos introducirá en el modo de emplearlo:

“Los pensamientos salen de nosotros cuando recordamos de forma natural lo que nos ha pasado, lo que hemos hecho o lo que hemos oído. Sobre esto dice el venerable David: Recordé los días antiguos, guardé en mi mente los años eternos; meditaba y ejercitaba mi alma por la noche; escrutaba en mi espíritu (Sal 76, 6-7). Y: El Señor conoce los pensamientos de los hombres y sabe que son vanos (Sal 93, 11), y también: Los pensamientos de los justos son la justicia (Prov 12, 5). En el Evangelio dice el Señor a los fariseos: ¿Por qué concebís malos pensamientos en vuestro corazón? (Mt 9, 4). (...)

Conviene, pues, que tengamos siempre presente este triple origen y que examinemos con detalle

cada pensamiento que surge en nuestro corazón, indagando su procedencia, su causa y su autor, para que podamos determinar desde ahí cómo hemos de reaccionar.

Así llegaremos a ser, según el precepto del Señor, expertos cambistas. Estos son especialistas en probar si el oro es puro u obrizo, como se suele decir, o si más bien ha sufrido algún desperfecto en el crisol por obra del fuego. Gracias a su perspicacia no se dejan engañar cuando ven un vulgar denario de cobre, por mucho que su brillo dorado lo haga parecer una moneda de gran valor. Y no solo saben reconocer sabiamente las monedas que llevan la efigie de algún tirano, sino que también distinguen con gran sagacidad las que, aun teniendo la imagen de un rey legítimo, son falsas. Para averiguar si pesan menos de lo que sería legítimo, recurren a la prueba de la balanza.

El Evangelio, poniendo el ejemplo de los cambistas, enseña que hemos de estar espiritualmente vigilantes. En primer lugar, cuando algún pensamiento se insinúa en nuestro corazón o alguna idea se introduce en él, tenemos que analizar con gran diligencia si llega purificado por el fuego divino y celeste del Espíritu Santo, si tiene que ver con la superstición judía o si desciende lleno de la arrogancia de la filosofía secular y su piedad es

solo aparente. Podremos llevar a cabo todo esto si atendemos a las palabras del Apóstol: *No creáis en todo espíritu, sino comprobad si los espíritus son de Dios* (1 Jn 4, 1)”.

Casiano nos presenta, en primer lugar, la Palabra de Dios como criterio del discernimiento cristiano lo que nos ilumina sobre la amplitud de ese horizonte, el *más*, el valor al que nos hemos referido al hablar de los elementos básicos del discernimiento y que nos propone, por su parte, un horizonte doble, puesto que es humano (la imagen del cambista con su experiencia hecha sobre tantas monedas que han pasado por sus manos) y cristiano a la vez (la referencia del cambista nos sirve para ver cómo hemos de actuar quienes queremos dejarnos conducir por la Palabra de Dios). Tenemos así descrito el “terreno de juego” sobre el cual aplicar el discernimiento.

*Casiano nos
hace tomar
conciencia sobre
otros espíritus
que también
reconocemos en
nuestro interior
y que actúan en
nosotros: el buen
espíritu y el mal
espíritu, que
llevan nuestro
espíritu humano
hacia la vida o
hacia la muerte.*

Están, por un lado, los pensamientos (o emociones, podríamos añadir), que salen naturalmente de nuestro espíritu.

Asimismo, Casiano nos hace tomar conciencia sobre otros espíritus que también reconocemos en nuestro interior y que actúan en nosotros: el buen espíritu y el mal espíritu, que llevan nuestro espíritu humano hacia la vida o hacia la muerte. No nos referimos ahora a estos espíritus que ac-

túan sobre nosotros porque hablaremos de ellos cuando nos refiramos a Ignacio de Loyola.

Lo que ahora queremos subrayar es que, puesto que buscamos la verdad, tenemos que estar advertidos sobre lo que sucede en nuestro interior examinando “con detalle cada pensamiento que surge en nuestro corazón, indagando su procedencia, su causa y su autor, para que podamos determinar desde ahí cómo hemos de reaccionar.” Este examen de lo que sucede en nuestro interior se realiza con esta herramienta que es el discernimiento, que requiere, para ser bien empleada, que reconozcamos en primer lugar los pensamientos (y emociones) que surgen en nuestro corazón, a las cuales habremos de interrogar para ver de dónde proceden, qué las ha causado y quién las ha generado en nosotros, indagación que nos permitirá ver cuál ha de ser nuestra respuesta.

Vamos viendo cómo opera la herramienta que el discernimiento es: sabiendo cuáles son los espíritus presentes en nosotros, hemos de atender a cada una de las situaciones significativas que acontecen, examinándolas del modo que se indica, para ver a cuáles hemos de dar paso como beneficiosas para nuestro crecimiento como personas/como cristianos, y a cuáles hemos de rechazar como perjudiciales para dicho progreso.

Este trabajo constante por atender a lo que sucede en nuestro espíritu, viendo de dónde sucede cada hecho significativo a base de interrogarse sobre qué lo ha causado nos va llevando a ser, como dice Casiano, “expertos cambistas”. Casiano va a emplear la imagen del cambista que, habiéndose hecho experto a base de examinar muchas monedas, a base de haberse equivocado y de haber sido engañado, a base de ver cada día las monedas falsas y las auténticas, va reconociendo con “gran sagacidad” cuál es la verdadera y cuál la falsa de entre ellas. En este recorrido, el cambista no solo va aprendiendo a reconocer entre las unas y las otras, sino que establece una serie de etapas que caracterizan el proceso espiritual en el cual comenzamos por reconocer solo entre apariencia y realidad, entre la mentira y la verdad, y, por último, entre aquellas realidades que, siendo verdaderas, contienen verdades de distinto peso.

*El discernimiento,
esta herramienta
que amando
apasionadamente
la verdad va
afinándose
a la hora de
reconocerla en el
propio espíritu que
vive al contacto
con las cosas y las
personas, da lugar
a una actitud: la
que nos permite
ir reconociendo
la verdad para
después elegirla
como criterio
de vida, como
sabiduría que
nos lleva a
vincularnos
cada vez más
profundamente
con la verdad.*

Vemos, así como el discernimiento, esta herramienta que amando apasionadamente la verdad va afinándose a la hora de reconocerla en el propio espíritu que vive al contacto con las cosas y las personas, da lugar a una actitud: la que nos permite ir reconociendo la verdad para después elegirla como criterio de vida, como sabiduría que nos lleva a vincularnos cada vez más profundamente con la verdad.

Para concretar lo que acaba de decirnos, Casiano encarece, como condición del discernimiento, la vigilancia. La vigilancia se manifiesta en el espíritu atento que nos permite reconocer cuáles son los pensamientos (o emociones) que se han introducido en nuestro interior para discernir si lo que se da en ellos es bueno/malo, si su bondad es solo aparente, o si viene en verdad de Dios. Dicha vigilancia, que al principio se manifiesta como rigidez, control o tensión, irá dando lugar a ese conocimiento de nosotros mismos que nos hace humildes, confiadas, abiertas.

Concluimos este apartado añadiendo que el discernimiento, que comienza despertando en nosotros la aspiración a la verdad, nos conduce y nos vincula a dicho amor por ella.

Además, una vez reconocida la verdad en el nivel en el que podemos conocerla (dependerá de la experiencia que tenemos, de nuestra capacidad para discernir y para reconocer la verdad), ponerla en práctica.

Así, el discernimiento, que hemos identificado con un modo de amar apasionadamente la verdad, nos revela ahora que su función es la de llevar este amor a la acción concreta, a la práctica.

4. Ignacio de Loyola. Reglas de discernimiento

Vamos a dar un paso más en el empleo de esta herramienta que es el discernimiento. Para ello, te voy a proponer a continuación unas Reglas muy contrastadas, las que nos enseña Ignacio de Loyola en sus Ejercicios Espirituales. Cuando uno se relaciona con Dios, necesita algunos indicadores, más afinados aún que los que necesitamos para relacionarnos con nosotros mismos/con los demás/con la vida, para comprender lo que sucede. Como verás, sirven tanto para relacionarnos con Dios como para conocer nuestro interior, en el que impacta lo que sucede al exterior. Sirven para encontrar caminos firmes en la vida. Como verás, estas Reglas de discernimiento están escritas en un lenguaje extraño para nosotras, ¡han sido escritas en el siglo XVI! Sin embargo, te animo a que no te dejes frenar por el lenguaje, cuando en él se contiene tanta sabiduría.

Lo primero, recuerda lo que hemos dicho al comienzo: para hacer un discernimiento hacen falta esos tres elementos de los que ya hemos hablado anteriormente: un elemento objetivo (hacia dónde me dirijo, qué deseo, qué me da horizonte); un elemento subjetivo (la situación concreta de la persona o grupo que venimos a discernir); el contexto sociocultural (que enmarca y colorea los

otros dos elementos). Una vez que tenemos estos tres elementos, podemos empezar a discernir, y lo hago cuando tomo conciencia de que todo lo que se da lo reconozco resonando en mi propio interior, que es el “lugar” en el que todas estas voces o espíritus actúan, como nos ha mostrado Casiano.

No vamos a comentar todas las Reglas punto por punto. Me gustaría que esto fuera una especie de “minicurso” que te dará una serie de referencias que te permitirán ir profundizando por tu parte.

Una vez que hemos dejado claro lo general, vamos adelante.

En las Reglas, Ignacio nos explica cuál es el modo de actuar del mal espíritu (el espíritu que viene del ángel malo, de Satanás), y el modo de actuar del buen espíritu (el espíritu que hace presente a Dios en nuestro espíritu), y el modo como actúan sobre nuestro espíritu, así como el modo como debemos conducirnos ante lo uno o lo otro.

Ignacio describe así dos tipos de personas, o las mismas personas según estén en lo que Ignacio llama Primera Semana (o esa fase del proceso espiritual en que te ves poseída, sometida, atraída por el mal espíritu) o en la que llama Segunda Semana (la fase del proceso espiritual en que nos vemos atraídos por la vida, el amor, la llamada que

En las Reglas, Ignacio nos explica cuál es el modo de actuar del mal espíritu (el espíritu que viene del ángel malo, de Satanás), y el modo de actuar del buen espíritu (el espíritu que hace presente a Dios en nuestro espíritu), y el modo como actúan sobre nuestro espíritu, así como el modo como debemos conducirnos ante lo uno o lo otro.

hace el buen espíritu a nuestro espíritu), el buen y el mal espíritu a los que nos venimos refiriendo van a actuar de diverso modo en nuestro espíritu.

Las Reglas de san Ignacio están atravesadas por una fuerte cesura. Él, con su lenguaje del siglo XVI, lo expresa diciendo “los que van de peccado mortal en peccado mortal”- “los que van de bien en mejor subiendo”. Así, las Reglas de Ignacio que te estoy presentando se concretan, en primer lugar, de este modo: “los que van de peccado mortal en peccado mortal” son los que se ven atraídos por lo que es muerte: el miedo, las adicciones, las mentiras, etc. En cambio, “los que van de bien en mejor subiendo” son los que pueden rechazar la muerte y escogen la vida (que, a su vez, tiene grados).

Actualizando el lenguaje de Ignacio:

- los que viven atraídos por lo que es muerte, lo que hace que se acerquen a la vida, a Dios, a sí mismos y a todo con la mirada contaminada (por la oscuridad, por el miedo, por el odio, por la codicia, etc.).
- los que viven atraídos por Dios y viven de cara a la vida, los que buscan hacer las cosas mejor cada vez y no temen enfrentarse a lo difícil o costoso, porque han empezado a ver la presencia de Dios a través de todas las cosas.

Dos tipos de seres humanos, como ves, que se definen por su modo de orientarse desde el fondo. Los primeros viven desnortados. Los segundos están orientados en la vida hacia lo que es más que ellos. No es que los primeros no deseen el *más* —todos deseamos el *más*, “todos queremos más”—, pero los primeros lo desean desde su mirada desviada, desajustada, y así les va...

Pongamos un ejemplo. ¡No vaya a ser que creas que estoy forzando las cosas para que digan lo que yo quiero decir!

Imagínate una persona en cuyo corazón anida el resentimiento. ¿Cómo mira la vida esa persona? ¿Cómo se relaciona con los demás? Le pasan cosas, como a todo el mundo, pero las mira desde el prisma del resentimiento: a mí la vida me trata peor, he tenido mala suerte, no he tenido oportunidades o los otros me han hecho perderlas...; en relación a los otros, lo mismo: repite y repite el mismo discurso resentido, y cada vez que ve a una persona o que pasa tal cosa, se activa la memoria herida que tiene asociada a eso y ve enemigos por todas partes... ¡hasta Dios se le hace enemigo! Una vida que se vive así, o que se vive mayormente así es una vida que tiene puesto el norte, quizá al principio justificadamente, en que “me hicieron injusticia” o “no me tuvieron en cuenta” ... en cambio, si la persona se enquistaba en este discurso,

este se va absolutizando y cerrando sobre sí, hasta ahogar a la persona que está dentro.

Donde decimos resentimiento puedes poner cualquiera de esas actitudes que son muerte: miedo, codicia, adicciones, envidia, orgullo o vanagloria... Esta es la vida que nos cierra sobre nosotros mismos.

Ahora vamos a situarnos ante una persona que está abierta a la vida. No es que en su corazón no estén presentes estos signos de muerte —lo están—, pero, aunque la condicionan, no la determinan: puede tener, por seguir con el mismo ejemplo, la tentación del resentimiento, pero lo reconoce como es, como muerte, y lo rechaza como muerte que es. Después, se enfrenta al hecho presente, el que ha despertado en ella ese movimiento de resentimiento, y mira cómo reaccionar ante él desde esas otras actitudes, también presentes en ella, que le hablan de vida. Quizá tenga que denunciar el hecho que le está sucediendo, y que le conecta con la memoria herida de algo parecido que sucedió. Quizá tenga que dejarlo caer, porque ve que para ella es apariencia de vida la denuncia. Para lo uno o lo otro pedirá luz a Dios que es la Verdad, que la ama y la lleva a la vida, e irá reconociendo, en los modos que Ignacio describe a continuación, que la vida se le abre también a través de los fracasos, del sufrimiento o de lo inesperado...

Con estos ejemplos quiero mostrarte cómo el reconocer la vida y elegirla es, como hemos dicho, un proceso, y nos aleja cada vez más de la muerte, que en adelante será reconocida como muerte que es. Aquí Dios tiene mucho que ver, porque Dios es el Dios de la Vida, y la apertura a Él nos lleva, progresivamente, a más vida.

Lo vemos a continuación.

a. Cómo actúan el mal y el buen espíritu

Como hemos dicho, en la Primera Semana las personas vivimos atraídas por lo que lo que es muerte, lo que hace que nos acerquemos a la vida, a Dios, a nosotros mismos y a toda la realidad desde esa mirada oscurecida por el mal que es la nuestra.

Aquí, lo que va a hacer el mal espíritu es darnos razones para seguir en esas dinámicas de muerte por las que justificamos nuestro miedo, nuestra desconfianza, nuestras adicciones, nuestro odio o nuestra codicia o egoísmo. Lo hace proponiendo lo que Ignacio llama “placeres aparentes” (después de escuchar a Casiano sabes mejor a qué se refiere Ignacio) que nos hacen desear cosas que no nos llenan, que nos cierran sobre nosotras mismas o nos oscurecen la vida, mostrándonos los hechos a través de esa mirada oscurecida que nos parece

Lo que va a hacer el mal espíritu es darnos razones para seguir en esas dinámicas de muerte por las que justificamos nuestro miedo, nuestra desconfianza, nuestras adicciones, nuestro odio o nuestra codicia o egoísmo.

la única, desde el adormecimiento de la conciencia que nos impide ver o compadecernos del otro, desde las justificaciones que nos dicen “esto es lo único posible”, “todos hacen lo mismo”, etc.

En consecuencia, nos mantenemos/nos cerramos en nuestro modo de mirar que justificamos o interpretamos como el único posible.

En esta etapa, el buen espíritu actúa, como dice Ignacio, “de contrario modo”, provocándonos una inquietud interior ante nuestras afirmaciones o acciones egoístas, insolidarias, justificatorias, etc., de modo que no podamos descansar en lo que el mal espíritu suscita y nos busquemos otros caminos.

*En esta etapa,
el buen espíritu
actúa, como
dice Ignacio, “de
contrario modo”,
provocándonos
una inquietud
interior ante
nuestras
afirmaciones o
acciones egoístas,
insolidarias,
justificatorias,
etc., de modo
que no podamos
descansar en lo
que el mal espíritu
suscita y nos
busquemos otros
caminos.*

En la Segunda Semana en cambio, la persona vive atraída por Dios y de cara a la vida, buscando hacer las cosas mejor cada vez desde las actitudes opuestas a las de la Primera Semana, en las que nos experimentábamos atraídos por la muerte.

En este caso, el mal espíritu actúa creando malestar y confusión en nuestro espíritu desanimando nuestros deseos de bien, sembrando dudas en nuestro interior, corrompiendo los buenos propósitos y, en general, desprestigiando aquello que el buen espíritu, que es el que ahora nos habla con ánimo y fuerzas, va sembrando como luz y fuerza.

El modo como lo hace lo describe Ignacio a través de una serie de imágenes que Ignacio, en las Reglas, desarrolla con más detalle. Cuando vayas a ellas ten presente que dichas imágenes son del siglo XVI, con toda la distancia que se da entre su cosmovisión y la nuestra. Interpreta las como metáforas de manipulación interior:

- Como un niño mimado: insiste hasta que cedes.
- Como un “amante falso”: actúa en secreto, sustruyendo tentaciones que no se quieren compartir, fomentando el aislamiento (“esto no se lo cuento a nadie...”).
- Como un “capitán”: ataca el punto más débil de la persona —su inseguridad, su orgullo herido, su apego no resuelto— para hacerla caer desde ahí.
- Como una “mujer vengativa”: Ignacio usa esta imagen para describir la perseverancia testaruda del mal espíritu: si la persona resiste, redobra el ataque con mayor intensidad, usando miedos, acusaciones o tristezas paralizantes.

Lo que el mal espíritu pretende con dichas actitudes, como hemos dicho, es causarnos inquietud, confusión o tristeza con motivos que pueden parecer buenos (por eso dice Ignacio que son “razones aparentes” que toman “forma de bien”): “tú

también tienes derecho a descansar” (cuando en realidad es evasión de lo que tengo que hacer) o “nadie lo hace tan bien como tú” (cosa que no sabes y que solo te distrae de lo que te toca, además de llevarte a orgullo o vanagloria).

¿Qué sucede cuando escuchamos al mal espíritu? Que nuestro espíritu (humano) se oscurece, se entristece, se enreda en justificaciones y otros modos de enmarañarse, hasta que llega el punto en que ya no sabemos qué es cierto y qué no. El fruto de esta acción del mal espíritu es que nos enredamos un poco más cada vez, progresivamente más incapacitados para acoger lo que el buen espíritu suscita en nosotros.

En esta etapa, el buen espíritu nos habla de modo opuesto a como lo hacía en la Primera Semana, en la fase anterior: produce un gozo íntimo en nuestros esfuerzos por escoger el bien, nos permite conocer una paz, también en lo profundo, que sabe a otra cosa; suscita en nosotros una consolación (término al que nos referiremos enseguida) que se expresa como fuerza para la entrega, en mirada que sale de sí en favor de otros, etc. En pocas palabras: el bien empieza a hacérsenos deseable.

Estas indicaciones sobre las Reglas de la Primera y la Segunda Semana nos permiten ir concretando los modos en que el buen y el mal espíritu

actúan sobre nuestro espíritu, y lo que producen en nosotros.

b. Formas de la desolación

A partir de aquí, Ignacio nos sigue enseñando. Lo que vamos a ver a continuación son algunos criterios más que te ayudarán a interpretar las Reglas.

En primer lugar, empecemos por definir qué es consolación y qué es desolación.

“Llamo consolación cuando en el alma se causa alguna moción interior, con la cual viene el alma a inflamarse en amor de su Creador y Señor, y consequentemente cuando ninguna cosa creada sobre la faz de la tierra puede amar en sí, sino en el Creador de todas ellas. Asimismo, cuando lanza lágrimas por amor de su Señor, ya sea por el dolor de sus pecados, o de la pasión de Cristo nuestro Señor, o de otras cosas derechamente ordenadas en su servicio y alabanza; finalmente, llamo consolación todo aumento de esperanza, fe y caridad y toda leticia interna que llama y atrae a las cosas celestiales y a la propia salud de su ánima, aquietándola y pacificándola en su Creador y Señor” [EE 316]².

Estas indicaciones sobre las Reglas de la Primera y la Segunda Semana nos permiten ir concretando los modos en que el buen y el mal espíritu actúan sobre nuestro espíritu, y lo que producen en nosotros.

² “EE” se refiere a los Ejercicios Espirituales, en los que se encuentran las Reglas. A partir de aquí, la cita de las Reglas aparece siempre entre corchetes.

Ignacio, igualmente, define así la desolación: “oscuridad del alma, turbación en ella, moción a las cosas bajas y terrenas, inquietud de varias agitaciones y tentaciones, moviendo a infidencia, sin esperanza, sin amor, hallándose toda perezosa, tibia, triste y como separada de su Creador y Señor. Porque, así como la consolación es contraria a la desolación, de la misma manera los pensamientos que salen de la consolación son contrarios a los pensamientos que salen de la desolación” [EE 317].

La consolación y la desolación describen el modo como actúan el buen y el mal espíritu sobre nuestro espíritu humano. Una observación importante: en la descripción que Ignacio hace de la consolación y la desolación, la consolación se describe en primer lugar porque la consolación es lo propio de Dios, y es lo que nos da vida y estamos llamadas, llamados a vivir. Por el contrario, la desolación es propia del mal espíritu, aunque también sea permitida por el Dios para nuestro bien. Todo lo que Dios hace es siempre en nuestro favor.

Sin embargo, en las indicaciones que ahora daremos de las Reglas vamos a referirnos en primer lugar a la desolación, porque cronológicamente, es la primera que nos encontramos. A medida que la persona camina hacia Dios, hacia la vida vivi-

da al modo de Dios, la consolación se hace más frecuente, y la desolación se contempla a la luz de nuestra relación con Dios.

Desde aquí, vamos a hacer algunas anotaciones que nos dan claves para reconocer la consolación y la desolación.

En la Primera Semana, la desolación que toma forma de inquietud, tristeza, confusión, etc. viene provocada por el buen espíritu que busca apartarnos de aquello que es muerte para nosotros, aunque entonces no podemos verlo³. Por el contrario, en la Segunda Semana, en la que el mal espíritu actúa sobre nuestro espíritu “bajo forma de bien”, con sutilezas y razones aparentes, la desolación se va a manifestar de modos más sutiles.

La Regla fundamental con la que nos advierte Ignacio contra la desolación en la Primera Semana dice así: “en tiempo de desolación nunca hacer mudanza, sino estar firme y constante en los propósitos y determinación en que estaba el día anterior a esa desolación, o en la determinación en que estaba en la anterior consolación. Porque, así como en la consolación nos guía y aconseja más

La desolación, porque cronológicamente, es la primera que nos encontramos. A medida que la persona camina hacia Dios, hacia la vida vivida al modo de Dios, la consolación se hace más frecuente, y la desolación se contempla a la luz de nuestra relación con Dios.

3 Lo de que “no podemos verlo” se refiere a que en la Primera Semana no distinguimos el bien del mal (cf. Jn 4, 11), lo que hace que vivamos, sin ser conscientes de ello, en medio de una gran confusión.

bien el buen espíritu, así en la desolación el malo, con cuyos consejos no podemos tomar camino para acertar” [EE 318].

La Regla anterior, 5ª Regla de la Primera Semana, que seguramente todos conocemos, nos recuerda esta actitud de firmeza que hemos de tener ante todo aquello que nos oscurece, debilita u oscurece en las decisiones que previamente, cuando teníamos claridad, habíamos tomado. Por el contrario, la firmeza en aquellas decisiones que vimos en el tiempo anterior, en el que teníamos luz (esto es, en la consolación), es la que nos hará permanecer en ella con determinación cuando aquella fortaleza se debilite u oscurezca. Este consejo nos ilumina también sobre la asociación entre consolación—buen espíritu y desolación—mal espíritu que es la que se da mayormente.

Además, en la Segunda Semana, en que nuestro espíritu está más fuerte para hacer frente a las insidias del mal espíritu, Ignacio nos advierte de los modos que hemos de tener para actuar contra la desolación, así como de las causas que la provocan:

La Primera de las reglas que nos instruyen para actuar contra la desolación es la sexta regla de la Segunda Semana, que dice así:

“dado por supuesto que en la desolación no debemos cambiar los primeros propósitos, aprovecha mucho reaccionar intensamente contra la misma desolación, como, por ejemplo, insistir más en la oración y meditación, en examinarse mucho, y en alargarnos en algún modo conveniente de hacer penitencia” [EE 319].

Como podemos ver, la regla que estamos estudiando parte de la regla quinta de la Primera Semana, y que da por supuesta. A partir de ella, nos indica cuáles van a ser los medios que nos van a ayudar para enfrentar la desolación. La actitud de base es consecuencia de la determinación que Ignacio nos decía en aquella regla, que ahora se concreta: “reaccionar intensamente contra la misma desolación”, lo que haremos insistiendo más en la oración y en la meditación, en el examen del propio espíritu (del que ya nos había hablado Casiano), y escoger alguna penitencia que nos fortalezca allí donde la desolación nos debilita.

Podemos ver que esta determinación en reaccionar contra la misma desolación nos va forjando en una consistencia humana y espiritual que nos van fortaleciendo a todos los niveles.

Asimismo, Ignacio nos enseña que la confianza en Dios y en su cercanía amorosa son las que nos van a sostener en la desolación. Nos lo enseña así

en la séptima regla de la Segunda Semana, y en la Segunda parte de la regla undécima:

“el que está en desolación, considere cómo el Señor le ha dejado en prueba con sus facultades naturales, para que resista a las varias agitaciones y tentaciones del enemigo; pues puede con el auxilio divino, el cual siempre le queda, aunque no lo sienta claramente, porque el Señor le ha quitado su mucho fervor, crecido amor y gracia intensa, quedándole, sin embargo, gracia suficiente para la salvación” [EE 320]. (regla séptima)

...el que está en desolación piense que, con la gracia suficiente, puede mucho para resistir a todos sus enemigos, si toma fuerzas en su Criador y Señor [EE 324,2]. (Segunda parte de la regla undécima)

Podemos reconocer en los consejos de Ignacio la profunda compasión, ánimo y confianza en Dios que Ignacio, al modo del buen espíritu, nos instruye para permanecer en este combate⁴ contra la desolación.

⁴ Destacamos así que el combate, que en los diversos autores de la literatura espiritual es una condición de todo proceso, aparece en este modo en Ignacio.

Asimismo, las actitudes que vamos viendo en las Reglas que hasta ahora hemos recorrido subrayan la voluntad de verdad que nos lleva a examinar nuestro interior buscando la verdad para orientarnos a ella. Esta actitud requiere, a su vez, de la vigilancia que también hemos subrayado anteriormente.

En esta misma línea va la octava regla (siempre de la Segunda Semana, desde que hemos empezado a referirnos a ellas):

“el que está en desolación, trabaje por mantenerse en paciencia, que es contraria a las molestias que le vienen, y piense que será pronto consolado, con tal de que ponga las diligencias contra esa desolación, como está dicho en la sexta regla” [EE 321].

En esta octava regla nos sostiene Ignacio con otra palabra consoladora que ahonda espiritualmente la determinación del principio. Lo hace desde la exhortación a la paciencia que nos llevará a la humildad, y desde la esperanza en ser consolados pronto, una vez que hayamos aprendido lo que Dios nos quiere enseñar (puesto que “sabemos que Dios dispone todas las cosas para bien de los que lo aman” Rom 8, 28) a través de la desolación. De este modo, como también hemos visto anteriormente, las actitudes que el discernimiento

suscita en nosotros nos van haciendo transparencia y verdad, a medida que nos abrimos a Dios a través de la fe, la esperanza y el amor.

*Las reglas de
la Segunda
Semana contra
la desolación
no nos hablan
solo de actitudes
y acciones,
sino que nos
iluminan sobre
aquellas causas
que provocan la
dicha desolación,
para ir a la raíz
del problema y
conocernos en
nuestra mentira
y en nuestra
verdad, que
habremos de vivir
orientándonos a
Dios.*

Decíamos que las reglas de la Segunda Semana contra la desolación no nos hablan solo de actitudes y acciones, sino que nos iluminan sobre aquellas causas que provocan la dicha desolación, para ir a la raíz del problema y conocernos en nuestra mentira y en nuestra verdad, que habremos de vivir orientándonos a Dios:

“tres son las causas principales por las que nos hallamos desolados: la Primera es por ser tibios, perezosos o negligentes en nuestros ejercicios espirituales, y así por nuestras faltas se aleja la consolación espiritual de nosotros. La Segunda, por probarnos para cuánto valemos y hasta dónde nos extendemos en su servicio y alabanza, sin tanta paga de consolaciones y crecidas gracias. La Tercera, a fin de darnos verdadera noticia y conocimiento, a saber, para que sintamos internamente que no depende de nosotros traer o tener devoción crecida, amor intenso, sino que todo es don y gracia de Dios nuestro Señor; y para que en cosa ajena no pongamos nido, alzando nuestro sentimiento a alguna soberbia o vanagloria, atribuyendo a nosotros la devoción o los otros efectos de la consolación espiritual [EE 322].

La novena regla de la Segunda Semana viene a poner luz en ese examen al que Ignacio nos había advertido anteriormente: la desolación tiene causas, y estas causas han de ser atentamente examinadas a la luz del Espíritu, que nos irá dando, a través de este examen, la luz que necesitamos para conocernos y conocer a Dios a través de la desolación presente.

Otra cosa que podemos reconocer en las Reglas de Ignacio, y muy concretamente en esta Regla, es que en el discernimiento se da un proceso: el que nos lleva de la Primera Semana a la Segunda Semana es el más claro. Además, se dan otros, como este que se refiere a las causas de la desolación. No nos detenemos en ello ahora, pero la referencia es válida a la hora de ir profundizando en el estudio de las Reglas.

A medida que hablamos de las Reglas, quizá te ha surgido una cuestión: ¿cómo determinar, a su vez, la verdad o el engaño a los que el discernimiento se refiere? Quizá, al escuchar a Ignacio hablar de consolación y desolación como otros hablamos de distancias o del resto de realidades visibles, te surge la duda acerca de la certeza de las realidades que, como el discernimiento, se afirman como criterio de interpretación de las cosas que se ven, y de las que no se ven. Déjame decirte, en primer lugar, que el discernimiento se presenta

como criterio de interpretación *sometido* al buen o al mal espíritu que va aprendiendo a reconocer a base de experiencia y de esa voluntad de verdad que hemos reconocido como Primera actitud del discernimiento. A su vez, el espíritu humano, así como el buen y el mal espíritu se encuentran *sometidos* a Dios. Con esto queremos expresar que la verdad que describen Casiano, Ignacio, y todos los maestros espirituales en general (el discernimiento es imprescindible para crecer en la vida espiritual), no es una verdad en la que dichos maestros se reconozcan señores, sino siempre discípulos, que nos transmiten dicha experiencia en cuanto contrastada por mucha observación y mucha oración en las que piden y reciben la luz que viene de Dios.

Quizá lo que te está estorbando es que las realidades espirituales, ahora en lo que se refiere al discernimiento, no se abordan como lo hacemos con las realidades físicas.

c. Consolación

Las Reglas para actuar en la consolación las encontramos en la regla décima y en la Primera parte de la undécima de la Primera Semana:

“el que está en consolación piense cómo deberá actuar en la desolación que vendrá después y

tome nuevas fuerzas para entonces.” [323] (regla décima)

“el que está consolado procure humillarse y abajarse cuanto pueda, pensando para qué poco vale en el tiempo de desolación, sin esa gracia o consolación.” [324] (Primera parte de la regla undécima)

Ignacio nos dice, en esta Primera regla, que la consolación, siendo una gran bendición de Dios que hace posible que veamos la vida a su verdadera luz (puesto que la verdadera luz de la vida es la que se nos comunica cuando podemos contemplar la realidad desde la luz teologal que es la mirada de Dios), no puede desentenderse del resto de la vida y por ello necesitamos tener experiencia de aquellas otras mociones que sin duda han de darse, como la desolación que vendrá después, y para la que la consolación, que es en sí misma una gran bendición y ha de ser acogida como lo que es, la recibimos también para adquirir fuerzas de cara a la desolación que vendrá. Este modo de mirar la realidad revela que la actitud de base atiende a lo que el Espíritu está haciendo en la persona, y no a nuestras percepciones sensibles, afectivas, intelectuales, que tantas veces se imponen a nuestra mirada oscureciendo todo otro planteamiento. El discernimiento es esta mirada que prioriza la acción de Dios sobre la realidad o sobre la propia

vida, por encima de todo lo demás. Así, nuestras percepciones de diverso tipo se ponen en marcha, pero lo hacen en función de esa palabra que Dios ha pronunciado.

Puesto que la consolación y la desolación son los modos principales en que Dios se comunica con nosotros (teniendo bien presente que nosotros hemos de ponerlo *todo* por nuestra parte, como hemos visto para la desolación y estamos viendo para la consolación)⁵, es a estas *mociones* interiores a las que hemos de atender prioritariamente para responder a lo que Dios hace en nosotros.

Tan necesaria nos es la consolación a la hora de enfrentar la desolación, que Ignacio refuerza en la siguiente regla cómo hemos de actuar en la consolación: “el que está consolado procure humillarse y abajarse cuanto pueda, pensando para qué poco vale en el tiempo de desolación, sin esa gracia o consolación.” [324] (Primera parte de la regla undécima)

Como seguramente percibes, hay una gran sabiduría en este modo de contemplar la consola-

5 También está el que, a la hora de elegir, no siempre reconocemos las mociones, por lo que tendríamos que acudir a otros modos de discernimiento, algo de lo que también Ignacio nos habla en las Reglas 169-188 de los Ejercicios Espirituales. Pero esto no impide afirmar que la consolación y la desolación son modos principales en que Dios nos habla.

ción: por una parte, en la Primera Semana, Ignacio se ocupa del modo como hemos de habernos con la desolación antes de que esta llegue, supuesto que en las reglas de la Primera Semana se atiende más a la desolación que a la consolación; en segundo lugar, este modo de situarse ante la consolación no centra en el gozo o paz experimentados, sino en Aquel de quien lo hemos recibido y en la desolación que, cuando estás en la realidad, sabes que ha de venir.

En la Segunda Semana, la consolación se hace central. El motivo es que lo propio de Dios es la consolación: “Propio es de Dios y de sus ángeles, en sus mociones, dar verdadera alegría y gozo espiritual, quitando toda tristeza y turbación que el enemigo induce. Del cual es propio militar contra la tal alegría y consolación espiritual, trayendo razones aparentes, sotilezas y asiduas falacias.” [329]

Es por esto que en la Segunda Semana va a darse una mayor presencia de la consolación, puesto que la consolación, como hemos dicho, es lo propio de Dios y la persona está más abierta a Él en esta Segunda Semana.

En la Segunda Semana que, como decimos, viene definida por la respuesta a Dios según lo que es propio de Dios y no de nuestra resistencia a él, la

En la Primera Semana, Ignacio se ocupa del modo como hemos de habernos con la desolación antes de que esta llegue, supuesto que en las reglas de la Primera Semana se atiende más a la desolación que a la consolación; en segundo lugar, este modo de situarse ante la consolación no centra en el gozo o paz experimentados, sino en Aquel de quien lo hemos recibido y en la desolación que, cuando estás en la realidad, sabes que ha de venir.

En la Segunda Semana, la consolación se hace central. El motivo es que lo propio de Dios es la consolación.

consolación va a tener un lugar mayor que en la Primera Semana.

“Consolación sin causa” a aquella que sobreviene sin discurso ni preparación de nuestra parte, por lo que hemos de reconocer la consolación que viene directamente de Dios.

Dentro de la consolación, Ignacio distingue entre la consolación sin causa y la consolación con causa. La consolación sin causa, a la que se refiere en la segunda regla de la Segunda Semana, se define así:

“sólo es de Dios nuestro Señor dar consolación al alma sin causa precedente, porque es propio del Criador entrar, salir, hacer moción en ella, elevándola toda en amor de su divina majestad. “Sin causa” quiere decir sin ningún previo sentimiento o conocimiento de algún objeto por el que venga esa consolación mediante sus actos de entendimiento y voluntad [EE 330].

Por ser la experiencia más directa que podemos recibir de Dios, requiere de nuestra parte un discernimiento muy afinado tanto a la hora de reconocerla como a la hora de responder a ella.

Es decir: Ignacio llama “consolación sin causa” a aquella que sobreviene sin discurso ni preparación de nuestra parte, por lo que hemos de reconocer la consolación que viene directamente de Dios, por lo que ha de ser recibida como esa experiencia inmediata que viene de él y que por tanto despierta en nosotros una respuesta —dentro de nuestra limitación— correspondiente a la consolación recibida. Por ser la experiencia más directa que podemos recibir de Dios, requiere de nuestra parte un discernimiento muy afinado tanto a la hora de reconocerla como a la hora de responder a ella.

Ignacio define a continuación la consolación “con causa”, que ha de ser discernida con cuidado porque no viene de Dios necesariamente:

“‘con causa’ puede consolar al alma así el ángel bueno como el malo por fines contrarios: el ángel bueno para provecho del alma, para que crezca y suba de bien en mejor; y el ángel malo para lo contrario, y posteriormente para traerla a su dañina intención y malicia” [EE 331].

En la síntesis que sigue tenemos algunas referencias para reconocer, en primer lugar, la consolación sin causa. Después, los signos para distinguir ambas:

- “- Es *inmediata*, porque consiste en el contacto inmediato del mismo Dios que, en cuanto Dios, le muestra al hombre su amor, le invade y ocupa todo su ser. El mismo Dios le mueve inmediatamente.
- Es *gratuita* e inmerecida, porque no está a disposición ni puede ser provocada por el hombre. Carece de causa previa, objeto y finalidad. Dios la da porque ama, aunque con frecuencia a través de ella le manifieste su voluntad de modo a veces genérico pero evidente.

- En ocasiones, puede ser *repentina* e imprevisible.
- Es *desproporcionada*, por sus efectos que duran en el tiempo.
- Crea un *silencio total* de todo lenguaje en los estratos periféricos del ser humano (pensamientos, recuerdos, imaginación...). La deja «caliente y favorecida».
- Le otorga *certeza y evidencia* acerca de la voluntad divina, que a veces va unida a un propósito o decisión determinada y particular y otras no.
- Y se convierte en el *fundamento* de la verdadera libertad alcanzada por el amor

Resumiendo, de forma breve el proceso que hay que realizar para determinar que estamos ante una consolación con causa precedente o sin ella:

- No hay que analizar la consolación misma, sino el tiempo anterior.
- ¿Qué pensaba, qué sentía en esos momentos previos?
- Esos pensamientos-sentimientos ¿son el origen de la consolación?

- ¿Colaboré con esos pensamientos-sentimientos de forma consciente y libre?
- ¿La consolación es proporcional a esos actos?

Si no hay pensamientos o sentimientos previos que se puedan reconocer como causa de la consolación, o si no colaboré con ellos o no están proporcionados, podemos pensar que esa consolación no tiene una causa precedente.”

Deseo que estas referencias que te hemos dado te resulten útiles para conocer o seguir aplicando el discernimiento a tu vida y a todo aquello que tienes entre manos y en el corazón.

5. Conclusión

En el recorrido que acabamos de hacer he pretendido presentarte muy someramente la realidad del discernimiento. Solo por la relevancia que tiene para nuestra vida, por la necesidad de remitirse a Dios para discernir con verdad y por la fuerte presencia que el discernimiento tiene a lo largo de la historia en los seres humanos que quieren vivir según la verdad, creo que no podemos dudar de su relevancia para nuestra vida, más si queremos que esta se viva en verdad, en relación a un *más* que nos permite crecer juntos según lo mejor de nosotros, tanto a nivel ético, económico, social, político, ecológico, espiritual.

Me alegraría que las referencias que te he presentado despertaran en ti el deseo de seguir reconociendo la necesidad del discernimiento para nuestra vida. El deseo de seguir aprendiendo a discernir, no solo a nivel conceptual, sino, sobre todo, a nivel práctico. Al nivel en que nuestra vida se transforma y transforma la realidad. Visible, e invisiblemente.

Bibliografía

CASIANO, JUAN (2016) Conversaciones para iniciarse en la vida espiritual, pp. 50-51, Salamanca, Sígueme.

<https://contemplativos.com/discernimiento-de-espiritus/9-consolacion-con-causa-y-sin-causa/>

TERESA IRIBARNEGARAY SAÉNZ DE LA FUENTE

Licenciada en Filosofía y Ciencias Religiosas. Diplomada en Espiritualidad. Da clases de Espiritualidad y Oración en el ISCR de Pamplona, Navarra. Realiza Talleres on line sobre conocimiento y crecimiento personal, sobre Biblia y sobre discernimiento en sus dos páginas web <https://vivirvivir.com/> y <https://www.mientrasnotengamosroostro.es/>. Más de treinta años acompañando y dando ejercicios espirituales. Ha publicado seis libros sobre los evangelios, el acompañamiento y la relación entre la Biblia y la vida.

Otros números de Cuadernos de ética en clave cotidiana:

- Nº26: Ética en la inteligencia artificial (IA): Análisis global de la Ética en la IA: Hacia una IA responsable, sostenible y confiable. Fco. Javier Torres Gella.
- Nº25: Ética y sanidad: Un proyecto de talleres éticos en Hospitales. Begoña Husillos Tamarit.
- Nº24: Ética y menores: Protección integral del menor ante la sanidad y la justicia. Manuel Ruiz Martínez-Cañavete.
- Nº23: El educador cosmopolita global: pedagogías, valores y competencias profesionales. Luis Aranguren Gonzalo y César García-Rincón de Castro
- Nº22: Bioética y soporte nutricional en el final de la vida. Francisco Rivas García
- Nº21: Conversar, un arte a recuperar. Enrique Lluch Frechina y Luis Illueca Vicente
- Nº20: Sobre el género de la identidad. Aspectos fundamentales para comprender los debates en torno al sexo, el género y la identidad. Silvia Martínez Cano.
- Nº19: Una mirada a la pandemia desde Cáritas. Rafael Allepuz Capdevila y Jesús Pérez Mayo.
- Nº18: Ética en atención primaria. Nazaret Maldonado del Arco.
- Nº17: Cuidados paliativos. Jacinto Bátiz Cantera.
- Nº16: Ética social para niñas y niños. Guía práctica para padres y educadores. César García-Rincón de Castro.
- Nº15: Los confinados. Manual de resistencia (para salir fortalecidos tras el covid-19). F.J. de la Torre Díaz.
- Nº14: Vivir (des)conectado. Aspectos éticos del uso (y abuso) de los dispositivos móviles. Isidro Catela Marcos.

- Nº 13: Acompañar en la fase final de la vida. Natividad Jiménez Sánchez, Nazaret Maldonado del Arco y María Dolores Nieto Martín.
- Nº 12: Ética y Derechos Humanos. Gisela Giner Rommel.
- Nº 11: Paseos para hacer en compañía. José Luis Pareja Rivas.
- Nº 10: Internet y las redes sociales, aspectos éticos. Margarita Martín Martín.
- Nº 9: Ética y vida: La bioética. Rafael Junquera Estefani y Ana M^a Marcos del Cano.
- Nº 8: Los agentes de la Cooperación Internacional al Desarrollo. Una mirada ética. Patricia Rodríguez González.
- Nº 7: Videojuegos, gamificación y reflexiones éticas. Margarita Martín Martín y Luis Fernando Vilchez Martín.
- Nº 6: Función Social de la empresa: Una propuesta de evaluación ética. Elisa Marco Crespo y Enrique Lluch Frechina.
- Nº 5: Ética del Cuidado y Mayores. Los cuidados a las personas mayores desde un horizonte ético y en la búsqueda de la calidad de vida. Rosario Paniagua Fdez.
- Nº 4: Introducción a la Ética Familiar. Victor Chacón, CSsR.
- Nº 3: Interpelación ética de las mujeres que ejercen la prostitución. M^a Luisa del Pozo.
- Nº 2: Ética y Escuela. Juan José Medina Rodríguez y M^a Isabel Rodríguez Peralta.
- Nº 1: Bases éticas para la mejora de nuestra organización económica y política. Enrique Lluch Frechina y Rafael S. Hernández.
- Nº 0: El Don que transforma, una mirada moral desde el carisma redentorista. Carlos Sánchez de la Cruz.

Puedes descargarlos en la página web: <http://funderetica.org/cuadernos/>

éti

cuadernos de
ética
en clave cotidiana



 Editorial Perpetuo Socorro
Covarrubias, 19. 28010 Madrid

C/ Félix Boix, 13 28036 Madrid
fundraising@funderetica.org
www.funderetica.org